

Remedios peores que la enfermedad

EL HECHO DE QUE LOS MAYORES PATRIMONIOS e ingresos estén en pocas manos constituye una situación gravemente injusta, que ahonda y tiende a perpetuar la desigualdad social, y que es censurable para todas las ideologías y sensibilidades políticas. Sin embargo, al finalizar el siglo —este siglo, el de las más radicales y diversas experiencias políticas— se ha podido comprobar que el remedio más usado para esa detestable deformación social ha conducido a una situación peor.

Esta situación podría concretarse en pocas palabras: el crecimiento desbordado de la burocracia oficial, una marcada disminución en las tasas de acumulación de capital y la persistencia o empeoramiento de los bajos ingresos de la población.

Los regímenes tributarios extremos, que penalizan las altas rentas y la capitalización en unos casos y, en otros, las estatizaciones, han conducido a la eliminación de esas concentraciones de ingresos y patrimonios. Para eso el remedio ha sido efectivo, pero las naciones que aplicaron estos procedimientos continuaron sumidas en el empobrecimiento generalizado que era, realmente, la enfermedad que se quería corregir.

Parece que las medidas más indicadas deban ser otras. El impuesto progresivo a las altas rentas —las cuales, en realidad, son la prueba de una eficiente productividad en economías de mercado— se considera que ahora debería ser cambiado a un impuesto al consumo, excluidos, desde luego, los consumos vitales o normales para no afectar a las capas sociales de ingresos bajos. Las concentraciones de ingresos en empresas o individuos y las altas rentas, mientras no sean el efecto de situaciones de monopolio, oligopolio o privilegio, deben mirarse como las necesarias tasas de capitalización social que, en manos del sector privado, producen mayor prosperidad e igualdad que en manos del Estado, como lo ha demostrado la reciente experiencia exitosa de muchos países.

La redistribución del ingreso es una aspiración y una meta justa y democrática, pero cuando se practica inoportunamente —antes de la consolidación de las empresas productoras de las rentas, en la época en que todo debe ser ahorro y sacrificio—, o cuando se pretende lograr por caminos inadecuados, como es el caso de la estatización de empresas de servicios y de actividades que no deben sustraerse del sector privado, se cae en situaciones contraproducentes cuya característica más lamentable es su irreversibilidad: una especie de “calcutización” nacional. No se está redistribuyendo la riqueza, que es lo que en teoría se pretende, sino generalizando la pobreza.

Lo que hay que evitar y castigar no es la eficiencia, ni la riqueza, ni las concentraciones de ingreso, sino las situaciones mono y oligopólicas, los privilegios, los ventajismos, los abusos, las especulaciones indebidas, la inmoralidad en los negocios. Al concluir este siglo XX, colmado de experiencias políticas y económicas, podemos afirmar que el capitalismo democrático es el sistema menos malo de todos, y el menos malo para todos, y que, hasta ahora, es insustituible. Debemos perfeccionarlo porque es perfectible, pero no desnaturalizarlo.

Por lo demás, en América Latina nunca hemos tenido el valor de ser capitalistas. Nos avergonzamos de ser ricos y así nunca dejaremos de ser pobres. Hemos preferido quedarnos en el precapitalismo, con todos sus defectos.

Tito Livio Caldas